

Dirigió sus miradas á Montalt, á quien Diana pensativa contemplaba en silencio.

Las dos hermanas permanecieron así durante algunos minutos.

No hablaban, pero sus corazones se entendían. Se arrodillaron con objeto de pedir á Dios por él.

La felicidad imprimía en la frente de Montalt como una maravillosa aureola. Al ver la arrogante y hermosa belleza de su rostro entre aquellas encantadoras fisonomías de las jóvenes, hubiérais dicho que eran dos serafines del cielo velando el sueño de un arcángel.

—Dios nos ha oído.... dijo Diana levantándose; he aquí nuestro buen génio.

—¡Y cuánto debemos quererle, hermana mia! respondió Elena.

Diana llevó la mano de Montalt á sus lábios.

Elena se alzó sobre la punta de sus piés, y su boca rozó la frente del nabab.

Fuera se oyó un grito. Las sombras distinguidas por Elena y que el brillo de la girándula hacia no conocer, se agitaban y hablaban.

Diana se lanzó y corrió la colgadura que cerraba la habitacion de los trajes.

Pero tal vez era demasiado tarde, porque un momento despues se dejó oír detrás de la puerta principal un ruido violento.

Las dos hermanas, pálidas y temblando, creían distinguir voces conocidas.—El nabab dormía pacíficamente, sonriendo á sus sueños.

II.

POR LA VENTANA.

Enrique y Roger bajaban por el jardín como almas en pena, buscando constantemente á las dos desconocidas que tan bruscamente habian interrumpido su entrevista con Mlles. Delfina y Hortensia.

En éstas no pensaban ya: estaban olvidadas, y el mismo Roger no se cuidaba de echar de menos á su blonda bayadera. Por su parte Mlle. Delfina y Mlle. Hortensia no manifestaban un sentimiento muy profundo por su contratiempo. Habian tomado el brazo del primero, que lo habia ofrecido, y en todo el baile hubiera sido punto mas que imposible hallar dos bailarinas mas alegres y entusiasmadas que las individuos de la Academia Real de música.

Tal es el encantador carácter de esas damas. ¡Basta de melancolía! ¿Acaso se ama para llorar?

La única desgracia de esta vida es sentir encorvarse el cuerpo, ver caerse un diente y advertir en una hermosa cabellera ese hilo de plata que brilla y amenaza.

¿Pero dónde van nuestros malos pensamientos? Hortensia y Delfina no tenían veinte años....

Hacia mas de una hora que nuestros dos amigos recorrían el jardín en todas direcciones sin conseguir hallar á sus desconocidas. Habían registrado los últimos rincones y detenido una despues de otra todas las mujeres que llevaban el traje de bayaderas.

De estas ninguna faltaba en la fiesta. Eran las mismas doce que al comenzar el baile.

Pero esto no hacia mas que aumentar el misterio. Enrique y Roger habían adquirido la certidumbre de que sus dos desconocidas no se encontraban entre las doce bailarinas.

Mas de una vez habían perseguido en los bosquecillos algun talle flexible oprimido por un cinturon de gasa roja con franjas de oro, ó por uno verde; pero la ilusion desaparecía al momento; á la primera palabra pronunciada se alejaban para proseguir sus vanas pesquisas.

No eran las voces tristes y melancólicas oídas bajo el bosque.

Desesperaban, y su imaginacion intentaba en vano descifrar la palabra del enigma.

Los dos tenían el mismo pensamiento. Cuanto mas reflexionaban mas se apoderaba de ellos una idea.

¿Quiénes podían ser aquellas mujeres sino las mismas Elena y Diana?

Esto no era entonces mas que una vaga sospecha que habían rechazado como una demencia, mientras las dos desconocidas habían permanecido en su presencia.

Estaban tan lejos de pensar que las dos hijas del tío Juan de Penhoel hubiesen podido abandonar el castillo!

Pero entonces recordaban aquellas largas conversaciones en que Diana y Elena no hacían mas que preguntar acerca de Paris. Daban su sentido á ciertos detalles que otras veces habían llamado su atencion; las adivinadas maravillas de la gran ciudad formaban en las dos jóvenes una especie de pasión.

Pero existía la carta de Redon, que decía que Marta y René de Penhoel habían sido echados del castillo.

¡Ay! La carta añadía tambien que Elena y Diana habían muerto.

La imaginacion de los dos jóvenes se perdía en un dédalo de emociones confusas.

¡Muertas! No se atrevían á pronunciar esta funesta palabra, pero sus preguntas espresaban lo que sentían en el fondo del corazón.

—Si hubiéramos podido ver.... decía Roger; pero estaba tan oscura aquella gruta!

—Además, esos trajes, replicó Roger, ¿nos hubiesen permitido reconocerlas?

—¡Oh! cuando el cinturón rojo se acercó á mí, estaba su diadema de perlas precisamente á la altura de mi boca, como otras veces los hermosos cabellos de Diana.

—¡Ellas son! ¡ellas son!

Luego comenzaban las dudas.

¿Por qué inexplicable casualidad hubieran podido hallarse en el palacio del nabab? ¿por qué se habían ocultado? ¿por qué huirían?

—¡Yo soy, yo soy! exclamaba Roger golpeando el pecho; tú conservas la razón, Enrique.... Pero yo estaba loco; esa Delfina me había embrujado. Si son ellas ¿qué han debido pensar de nosotros al vernos con esas mujeres?

—¡Dios mío! y no poder ni tranquilizarlas ni obtener nuestro perdón!

Habían entrado por casualidad en la gruta donde había tenido lugar su conversacion con las dos desconocidas.

—En este sitio recuerdo mejor lo que han dicho, replicó Roger; ninguna de sus palabras se me olvida... ¿Quién había de conocer mejor á Penhoel?

—Nada hemos contado con pormenores, prosiguió Enrique, en las confidencias que hemos hecho á milor.... Únicamente esa Lola, cuya fisonomía he visto hace un momento.

—Tal vez.... dijo Roger, que entraba en un nuevo orden de ideas. Durante una noche ha sido la querida de Montalt.... Pero entonces ignoraba nuestras relaciones con él. ¿Qué interés habrá tenido en referir esa historia? y además, había detalles que le era imposible conocer.... ¡Oh! son ellas.

Enrique acababa de coger la carta que había recibido de Redon.

Allí estaban un breton y un parisiense; la idea bretona le ocurrió al parisiense.

Enrique estrechó el brazo de Roger y su voz tembló mientras murmuraba:

—Aquí es, detrás de esos árboles, donde hemos oído aquellas palabras: *Hijas de la Luna*.

Y se detuvo como si su boca se hubiese negado á pronunciar esas crueles palabras.

—¿Y bien? preguntó Roger.

—¿Y bien? preguntó Enrique con esfuerzo; si en efecto fuesen ellas.... ¡pero muertas!

Roger se estremeció, guardando silencio.

No se encontraba en aquellas horas de alegre escepticismo en que el placer resguardaba su imaginación contra toda idea supersticiosa. Los recuerdos de Bretaña, de que tenía lleno el corazón, le producían aquella credulidad vaga en que había vivido desde su infancia.

—¡Hijas de la Luna! repitió; Enrique, ¿crees tú en ellas?

El pintor apoyaba en la mano su abrasada frente.

Soltó bruscamente el brazo de Enrique.

—No sé, replicó con una voz que hacia temblar la emocion; pero cuando he tocado su mano estaba fria cual si fuera de mármol.

Y se dejó caer sobre un banco de césped, cubriéndose el rostro.

Su exaltacion no podia ser mayor.

—¡Dios mio! murmuró con pasion; muerta ó viva, haced que la vea otra vez para que sepa cuanto pasa en mi alma... porque nunca le he dicho que la amaba. No sabe que era mi única esperanza de felicidad en el mundo. ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡haced que la vea muerta ó viva!

En el estado de fiebre en que se hallaba eran para él estas palabras una especie de evocacion. Levantó la cabeza como si hubiese esperado ver alguna forma blanca salir de la espesura y deslizarse por delante de él.

El mismo Roger miraba en torno de la gruta con supersticioso espanto.

Pero nada vieron sino dos cabezas masculinas y muy barbudas que parecian estar en observacion detrás de un árbol. Esas dos cabezas desaparecieron precipitadamente, pero su aspecto habia bastado para destruir el encanto. Enrique se levantó bruscamente despertado de su sueño y tomó el brazo de Roger para entrar en el baile.

Los propietarios de las dos cabezas masculinas y barbudas de que acabamos de hablar se perdie-

ron en la sombra para dejarles paso y seguirles desde lejos.

Hacia ya mucho tiempo que se entretenian en esto.

Parecian tener deseos de llegarse á los dos jóvenes sin atreverse á ello.

Eran el conde de Monteiro y el noble baron de Bibandier.

Ya sabemos que tambien ellos habian tenido su fantástica aparicion. Desde entonces habian estado muy inquietos, convencidos de que habia en el baile dos personas que poseian su secreto, y que indudablemente eran enemigas suyas.

Habian hecho cuanto habian podido en primer lugar para unirse á las dos bayaderas, y en seguida para llamar la atencion de Roberto, su habitual consejero y el hombre de recursos de la asociacion.

Todo inútilmente. Las dos bayaderas se habian evaporado como verdaderos fuegos fátuos, y Roberto habia rehusado obstinadamente romper su entrevista con el nabab.

Haciéndole señas para llamar la atencion se habian aproximado repetidas veces Blas y Bibandier, y algunas palabras que pudieron oír les dieron á conocer cuál era el objeto sobre que versaba la conversacion.

Esto les habia causado otra inquietud no menos grande. Roberto era hombre hábil y sobre todo prudente. Bebia mucho, pero siempre con el cuidado de no embriagarse nunca.

En este concepto habia tenido lugar de estar sobre sí, porque durante los tres años que habian pasado en Penhoel ni una sola vez se habia debilitado su cabeza.

Ordinariamente observaba un orden riguroso; sus compañeros le conocian. Pero tambien sabian que en una época mas remota habia sido muy distinto.

En el tiempo en que Bibandier era encubridor de robos, en que Blas merecia su sobrenombre de Zalamero, y en que el mismo Roberto vegetando en los grados subalternos de su profesion robaba todavía á la *americana*, se le conocian ya ciertas habilidades al almorzar.

Despues de beber no servia para nada; el vino le hacia fanfarron, charlatan, imprudente, todo esto en una proporcion terrible para él y sus camaradas.

Habia una cosa que formaba el peligro mas eminente; era que en esas circunstancias el Americano al perder sus facultades conservaba su carácter.

En medio de sus divagaciones se creia el mas profundo de los diplomáticos y trabajaba de todo corazon.

Blas y Bibandier no habian olvidado esto. Así á la vista de su encendido rostro, que se inclinaba hácia el nabab con aire importante y satisfecho, les ocurrió en seguida la idea del peligro.

Preguntábanse si no era prudente abandonar una partida que parecia complicarse fatalmente, y

tal vez hubiesen emprendido entonces la fuga si no los hubiese tranquilizado la fria indiferencia de Montalt.

Esperaron.

Cuando Montalt dejó la gruta se apresuraron á ocupar su puesto.

—¿Qué has dicho, desgraciado, dijo Blas, qué has dicho á ese hombre?

Roberto le miró con desden.

—¿Dónde diablos va á pescar vino ese bribon de Montalt, que se beberia uno un tonel sin temor de alegrarse un poco?

—¡Pero estás beodo, Americano! dijo Bibandier moviéndole.

—¡Muy bien, señor Bibandier! replicó Roberto; ¡estais locos! ¿quién sois vosotros para juzgar mis acciones?..... Le he trastornado el juicio; se ha vuelto loco y mi desquite no vale dos cuartos; ¡lo que es maravilloso es mi historia! ¡Capuletos, Montescos, el diablo y su cortejo! Muchachos, haced vuestros equipajes, que vamos á marchar al momento para comprar á Penhoel.

Blas y Bibandier escuchaban, procurando comprenderle.

—Haremos nuestras maletas, dijo Blas; pero se me figura que será para largarnos á la frontera. ¿No sabes lo que sucede aqui?

Roberto se encogió de hombros.

—Se bebe, se canta, se rie, replicó.

—¡El diablo es el que se ríe! murmuró Blas acercándose, y los muertos salen de sus tumbas.

Roberto se estremeció, porque las palabras oídas antes detrás del follaje le causaron un vago presentimiento.

—¡Oh!... ¡oh!... dijo con voz que cada vez se hacia mas confusa; ¿las habeis oido tambien vosotros?

—¡Las hemos visto!... dijo Blas... y consiento en que me den martirio si comprendo una palabra... Lo que hay de cierto es que en el palacio del nabab hay personas que pueden perdernos.

Bibandier calló. Su rostro como el de Blas expresaba el terror, pero un terror de otro género.

—¿No podriamos tener vino? preguntó Roberto. ¿Me creeis borracho para venir á contarme todas esas patrañas?...

Somos ricos y os prometo que Montalt nos dará su caja de diamantes, el imbécil, porque le hagamos negocios... ¡Estoy convencido!

Bibandier le dió un empujon.

—¡Escucha!... dijo; vámonos... Hace en este jardin un calor del infierno; el aire libre te serenará.

Lo tomó por un brazo, y Blas hizo otro tanto, y procuraron levantarlo.

Roberto reia á carcajadas.

—Ven... replicó Blas; es preciso que tengamos cuidado. ¡Quién sabe si mañana será demasiado tardel....

Roberto miró á los dos uno despues de otro con aire estúpido; luego se separó de ellos con un movimiento brusco y cruzó los brazos sobre la mesita para formarse con ellos una almohada.

—¡Buena historia!... murmuró. ¡Oh! sí... eso se llama tratar á un hombre....

Un momento despues roncaba como un bienaventurado.

Blas y Bibandier estaban mas turbados que antes.

El hombre que ordinariamente los sacaba de apuros en los casos difíciles, faltaba; no veian esperanza en el fondo de su situacion ni sabian qué partido tomar.

Una sola cosa les parecia probable, si no evidente; era que iban á tener que luchar con el nabab, y que el nabab seria mas peligroso que todos sus otros enemigos.

Mientras que así reflexionaban, evitando por instinto los sitios en que se oprimia la multitud, los condujo la casualidad delante de la ventana del gabinete de trajes.

Blas exhaló una exclamacion de asombro. Presentábase ante sus ojos un espectáculo particular.

Señaló con el dedo el interior del retrete, donde habia un grupo vivamente iluminado por la luz de la girándula.

—¡Helas allí! dijo en voz baja.

La mirada de Bibandier habia seguido la línea indicada, y habianse quedado pálidas sus mejillas.